



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE PABLO VI A LOS DIRIGENTES Y PERSONAL DE ALITALIA

Sábado 29 de febrero de 1964

*Señor presidente,
señor director general e hijos todos de la Compañía "Alitalia":*

Vuestra presencia renueva en nuestro espíritu intactas, las gratas emociones de la peregrinación a Palestina, con el recuerdo de aquel acontecimiento memorable, grabado con caracteres que el tiempo no podrá borrar.

Vuestras personas, vuestras divisas Nos traen al pensamiento espontáneamente todas las etapas de aquel humilde recorrido tras las huellas del Señor; podéis, por tanto, comprender cuáles son nuestros sentimientos en este momento, que nos proporciona la oportunidad de devolver, en cierto modo, la hospitalidad y las atenciones que la Compañía "Alitalia" tuvo con Nos.

Sentimientos de paternal complacencia; de sincera y abierta gratitud; de obligada promesa de un recuerdo en la oración. Estos sentimientos brotan al conocer lo que cada uno de vosotros realizó en aquella ocasión, desde el distinguido presidente, conde Nicolás Carandini, a quien agradecemos sus nobles expresiones de devoción, a la Dirección general, a la tripulación y al equipo del magnífico "DC 8", que, resonando con el palpitar potente de sus perfectos mecanismos, surcó los cielos llevándonos a Tierra Santa. Jamás olvidaremos, queridos señores, que a vosotros os debemos haber podido realizar el más ardiente deseo de toda nuestra vida: inclinar la frente, doblar las rodillas sobre los Santos Lugares, que fueron mudos testigos de la vida gozosa, dolorosa y gloriosa del Divino Salvador, Cristo Jesús.

Nuestra peregrinación, lo sabéis, no ha tenido otra intención ni otro objetivo, ha sido volver a las fuentes, salir al encuentro de Cristo, para proclamar cada vez más alto ante el mundo que sólo en Él está la esperanza y el amor, la salvación y la paz verdadera. Hemos ido hacia Él, y vosotros habéis sido los instrumentos generosos y conscientes, llevándonos de un salto gigantesco a su

lado: “sobre las nubes del cielo al encuentro del Señor” (cfr. 1 Ts 4, 16). Os lo agradecemos y guardamos su recuerdo en lo íntimo del corazón.

Queridos hijos, nos es grato decir que nuestro pensamiento y nuestra oración os acompañan en el cumplimiento de vuestro deber cotidiano. Sabemos que es un deber duro, con frecuencia peligroso, que exige sólida preparación y constante ejercicio, dominio perfecto de los nervios, control y equilibrio de todas las facultades. Pero precisamente por esto sabemos que sois especialmente sensibles a las lecciones de la eterna sabiduría cristiana. No se surca el cielo sin guardar en el corazón su encanto, su fascinación y su nostalgia. Cuando se está allá arriba, las cosas terrenas cobran su justa proporción, y se comprende que sería mezquino e insuficiente detenerse en ellas, a costa de las profundas aspiraciones del alma humana, creada a imagen y semejanza de Dios. Y quienes, como vosotros, se confían con frecuencia a la audacia y a los peligros del vuelo, comprenden mejor el significado de la vida y de la eternidad; mejor profundizan y experimentan su dependencia de Dios, Padre bueno y providente, a quien orientar con segura trayectoria su vida mortal, adhiriéndose plena y francamente a su voluntad.

Deseamos que esta decidida orientación sea la estrella constante de vuestra vida, para que, de igual forma que es benemérita en la sociedad civil, sea también fecunda en méritos ante Dios, por toda la eternidad. Revalidamos estos votos con la bendición apostólica que de corazón impartimos a todos los presentes, a todos los componentes de la Compañía “Alitalia” y a sus queridas familias.